

Aquel lenguaje era el de un amigo, de un amigo que sólo merecía una censura, la de excederse en su lealtad; y sin embargo, Italia, trastornada por el despecho de sus derrotas, perseveraba en su rebelión contra Francia, su protectora, y contra la prudencia misma. La prensa incriminaba con inaudita violencia á los generales, y éstos se acusaban unos á otros. El más atacado fué Persano, el vencido de Lissa, quien al regresar á Ancona después de la derrota, hubo de refugiarse á bordo de uno de sus buques para substraerse á las iras del populacho que le perseguía con gritos de muerte (1). En medio de esta confusión, el príncipe Napoleón habría podido ejercer una influencia saludable; pero por desgracia, como era de carácter levantisco y estaba acostumbrado á no disimular sus impresiones, debilitaba su autoridad con sus desvaríos de lenguaje y empleaba su talento, que era grande, en censurar á todo el mundo, á La Mármora, á Visconti-Venosta, á Cialdini, á Ricasoli, en una palabra, á todos, incluso al mismo rey que, según él, «comprometía la suerte del país por cuestiones de susceptibilidad ó fórmulas de retórica (2).» A todo esto, Prusia se burlaba sin miramientos de las pretensiones de su aliada y preguntaba en qué victorias fundaba ésta sus exigencias, mientras Francia seguía enviando á Florencia prudentes consejos. Al fin Italia, después de violentas veleidades y de ciegas resistencias, consintió, en 30 de julio, en el armisticio; pero luego surgieron nuevas dificultades de manera que el armisticio definitivo no se firmó hasta el 11 de agosto.

La pacificación, que para Italia era motivo de amargo disgusto, provocaba en Prusia una explosión de orgullo triunfante, y Berlín se disponía á recibir á su rey victorioso. Guillermo había salido de Nikolsburgo hacía muchos días, y dirigiéndose hacia sus Estados había sido detenido en Praga, de donde partió el 4 de agosto para regresar á su capital. En medio de la prosperidad inesperada, subsistía un recuerdo penoso, el del conflicto que durante muchos años había existido entre el parlamento y la corona. Bismarck, en aquellas circunstancias, demostró que sabía revestirse de todas las apariencias, incluso de las de la moderación; y al regresar á Berlín en compañía del rey y del príncipe real, insistió en que en el discurso de la corona se hiciera un solemne llamamiento á la concordia y se prometiera pedir un *bill de indemnidad* á los representantes de la nación. El monarca consideraba humillante aquel lenguaje; pero el ministro se mantuvo firme: *In verbis simus faciles*, decía llamando en su auxilio al latín. Guillermo al fin se dejó vencer, y al día siguiente, delante de los diputados reunidos en el *salón blanco*, aludió al último conflicto, pero con desembarazada imparcialidad, como si se hubiese tratado de acontecimientos muy lejanos; y luego con una modestia que su buena suerte le permitía ostentar, anunció que provocaría una votación para excusar las irregularidades pasadas. De este modo se restableció la paz en el interior al mismo tiempo que la paz con el extranjero. Sólo un punto quedaba obscuro, el precio que Napoleón exigiría por sus complacencias; pero muy pronto el ejército traído

(1) Carta del general Della Rocca, de 29 de julio (*Autobiografía de un veterano*, tomo II, pág. 282).

(2) Véase *Autobiografía de un veterano*, tomo II, pág. 278.

de Bohemia se extendería de nuevo á lo largo de la frontera del Rhin, y entonces terminaría la *política dilatoria* y Bismarck podría retirar todas las semipromesas que había dejado en suspenso.

VII

En la vida política como en la vida social hay á veces algo peor que cometer faltas, y es obstinarse en repararlas, porque entonces el mal toma mayor relieve con los torpes esfuerzos que se hacen para excusarlo y lo que en el silencio habría podido olvidarse se graba en trazos que ya no se borran. Desde hacía un año, la política imperial no se había substraído á ninguna aberración, y á buen seguro que si Bismarck hubiese tenido en sus manos el hilo de la misma no la habría dirigido de distinto modo. La consecuencia de esto había sido el triunfo completo de Prusia. En tales condiciones, la única conducta posible era el recogimiento y á la vez el firme propósito de consagrarse á una labor paciente para hacer que Francia recobrara en el mundo el puesto que había perdido. Esta modestia habría sido digna y hasta habría tenido sus ventajas, porque no viéndose Alemania amenazada por ningún lado, habría faltado á Bismarck el pretexto para apoderarse de aquello que aún no había absorbido; pero una conducta tan humilde no cuadraba bien con la marcha del régimen imperial. Puesto que desde el comienzo del reinado había vivido de golpes teatrales, quisose vivir de ellos hasta el fin y se creyó que á los ojos de la opinión todo quedaría perdonado, y que todo quedaría paliado á los ojos del porvenir, si, engrandecida Italia y más grande aún Prusia, podía obtenerse algo del botín.

Esta política se denominó en Francia la política de las *compensaciones*; y un día Bismarck, con todo el desdén que sienten los grandes ambiciosos por los pequeños, la llamó la política de las *propinas*. En ella estuvo el error supremo, el que agravó todos los pasados errores queriendo enmendarlos.

Cuando se medita sobre la situación en que había quedado Francia después de las victorias prusianas, causa verdadero asombro que tal conducta fuese aconsejada: antes de la lucha (dejando aparte toda cuestión de moralidad), ninguna exigencia habría sido temeraria, y al día siguiente de Sadowa todavía habría sido peligroso desahuciarnos; pero desde aquella fecha habían transcurrido tres semanas durante las cuales se había consumado la ruina de los Estados del Sur, se habían destruido las últimas esperanzas del Austria y se había hecho dudar de nuestra propia energía. La petición no sólo era tardía, sino que le faltaba ir acompañada del aparato bélico, único que habría podido apoyarla. En los consejos de Saint-Cloud todo era confuso, todo, hasta la extensión de las reivindicaciones y los lugares en que se ejercitarían: el Sr. Rouher, en su preocupación eterna de la opinión pública y de las disposiciones de las Cámaras, inclinábase á reclamar las antiguas fronteras de 1814; la emperatriz, comprendiendo que la peor política era la política de ambigüedad, creía que había de pedir mucho ó no pedir absolutamente nada; y el príncipe Napoleón, antes de partir para Italia, había manifestado al Sr. de Goltz el de-

seo de que Prusia hiciese más llevadera á Francia la resignación mediante un modesto sacrificio territorial. Por encima de todos ellos estaba el emperador, pero éste se sentía cada vez más enfermo y abatido, más incapaz de concretar su voluntad y de imponerla, y se disponía á ir á Vichy en busca de un tratamiento que el exceso de sus sufrimientos no había de permitirle terminar.

En Nikolsburgo se formularon las primeras peticiones. ¡Cosa extraña! Cuando Prusia estaba á merced de nosotros, todas sus insinuaciones habían sido menospreciadas, y ahora quería Francia recogerlas cuando la victoria la había elevado á tanta altura. El 23 de julio, el Sr. Drouyn de Lhuys, en un despacho dirigido al Sr. Benedetti, indicaba «la equidad y la conveniencia de otorgar al imperio francés algunas compensaciones propias para aumentar en cierta medida su fuerza defensiva.» Este mensaje fué comunicado á Bismarck; mas como los preliminares, aunque casi concertados, no estaban firmados todavía y la prudencia aconsejaba, por consiguiente, soportar á aquellos á quienes aún no se había dejado de temer del todo, la contestación fué vaga, como lo era la misma demanda, pero no desalentadora, y se aplazó la solución para cuando el rey estuviera en Berlín.

Mientras Guillermo salía de Nikolsburgo para dirigirse á Praga y volver luego triunfalmente á su país, formábase al extremo del parque de Saint-Cloud el tren imperial que se llevaba á Vichy al emperador enfermo. Allí se reunió con él el Sr. Drouyn de Lhuys, que durante las últimas semanas había sufrido crueles decepciones y se había asombrado, sobre todo, de las concesiones extraordinarias consentidas por Napoleón al Sr. de Goltz. Sin embargo, repuesto de su primer abatimiento, habiase dicho que después de todo nada se había estipulado por escrito, que la confirmación positiva de tan larga tolerancia bien valdría alguna recompensa y que Prusia incurriría en el colmo de la ingratitud si, arreglendo á su antojo toda la Alemania del Norte, no permitiera algunas rectificaciones de fronteras en favor de Francia. Convencido de esto, habiase apropiado la doctrina de las *compensaciones*, de donde resultaba que el que hasta entonces había sido consejero prudentísimo se convertía al fin en consejero imprudente y hasta funesto, sólo por el deseo de reparar lo que no tenía reparación posible. Dominado por tan inoportunos pensamientos, partió para Vichy, y allí, al lado de su soberano, se ingenió para concretar las peticiones que el despacho enviado á Nikolsburgo había dejado solamente entrever. Los que en aquella época vieron al emperador afirmar que el monarca se hallaba entonces demasiado debilitado por las crisis de su dolencia para prestar atención seguida á los asuntos, ni siquiera á los más graves; es, pues, muy verosímil que el monarca, como él mismo lo declaró más adelante (1), se abstuviera de discutir los planes de su ministro. Sin embargo, el Sr. Drouyn de Lhuys ha afirmado, por su parte, que las instrucciones remitidas á Berlín «fueron revisadas, corregidas y aprobadas por Su Majestad (2).» ¿Cuáles eran esas instrucciones? Lo

(1) Carta del emperador Napoleón al Sr. de La Valette, de 12 de agosto de 1866.

(2) Carta del Sr. Drouyn de Lhuys al emperador Napoleón, de 12 de octubre de 1867.

que es esta vez se formulaban en términos muy claros y categóricos: en efecto, así como el telegrama de Nikolsburgo se limitaba á proclamar, en tesis general, la oportunidad de una indemnización á Francia, el despacho de Vichy contenía todo un proyecto de tratado secreto: el imperio francés pedía á Prusia engrandecida la cesión de la orilla izquierda del Rhin hasta Maguncia inclusive.

El mensaje llegó á Berlín en los primeros días de agosto, es decir, en los momentos en que la ciudad se engalanaba para recibir á su rey triunfante. ¿Cuál sería el efecto que semejante petición produciría en un gobierno altivo hasta la provocación y embriagado todavía por sus victorias? El Sr. Benedetti turbóse al recibir aquella comunicación: como el Sr. Drouyn de Lhuys, consideraba que los recientes engrandecimientos de Prusia hacían oportuna para el poder francés y acaso necesaria para el prestigio de la dinastía napoleónica una rectificación de fronteras; pero, por otra parte, en muchos despachos enviados antes de la guerra había descrito en términos muy vigorosos las resistencias que promovería de un extremo á otro de Alemania cualquier abandono de territorio germánico. ¿Acaso no le había dicho Bismarck que preferiría desaparecer del escenario político antes que consentir en la cesión de Maguncia (3)? Y si así se había expresado antes de la lucha, ¿qué podía esperarse de él después de la victoria? Después de algunas vacilaciones, el embajador, temiendo un escándalo lamentable y deseando prevenir las consecuencias del mismo, consideró hábil, antes de celebrar una entrevista, enviar una copia del proyecto redactado acompañada de una carta. Las costumbres de la diplomacia francesa, cortés como pocas, parecían autorizar esta conducta confiada; por otra parte, no podía sospecharse entonces que la corte de Berlín no fuese una corte amiga. Sin embargo, en aquellas mismas orillas del Spree había formulado en otro tiempo la siguiente máxima para uso de sus sucesores: «Procurad haceros con algo escrito.» Aquel día el Sr. Benedetti olvidó el precepto, y á este primer olvido siguió muy pronto un segundo, como luego veremos.

El 7 de agosto celebróse la entrevista entre el embajador y el primer ministro. Cinco años después, Bismarck, en un discurso que pronunció en el parlamento alemán, relató aquella conferencia dándole un carácter eminentemente dramático: según él, el embajador de Francia se le presentó en su gabinete llevando en la mano un ultimátum é intimándole la guerra; á lo que él contestó: «Está bien; tendremos guerra.» Todo demuestra, sin embargo, la exageración de este relato, así las declaraciones del Sr. Benedetti, que afirma que la conversación no dejó ni un momento de ser «conveniente y cortés», como el interés de Prusia, á la que convenía tratarnos todavía con miramientos y no exasperarnos, como la propia versión del primer ministro que en unas notas utilizadas más adelante por el historiador alemán Sr. de Sybel (4) describió el incidente en términos más suaves. Después que el Sr. Benedetti

(3) Véase la carta del Sr. Benedetti al Sr. Drouyn de Lhuys, de 4 de junio de 1866 (*Ma mission en Prusse*, pág. 165).

(4) Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches*, tomo V, página 379.

hubo expuesto su petición, preparada ya por la comunicación de la víspera, Bismarck rechazó todo proyecto de cesión, pero lo hizo en forma amistosa y sin ningún escándalo, fundando su negativa en el sentimiento nacional que no permitía el abandono de ningún territorio alemán. «Quizás, añadió como si dejara flotar su mirada por encima de los territorios vecinos, podrían encontrarse otros caminos para satisfacerlos.» Luego siguió diciendo en tono resuelto, aunque no provocativo: «Si persistís en vuestras exigencias, no os hagáis ninguna ilusión, porque en tal caso convertiremos á toda costa en paz definitiva los preliminares concertados con Austria, y llevaremos todas nuestras fuerzas al Rhin.—¿Cómo podría el Austria, exclamó el embajador, firmar la paz precisamente por el hecho de ponernos nosotros enfrente de Prusia!—No lo dudéis, replicó Bismarck, y puesto que vais á París, no vaciléis, os lo ruego, en decir á S. M. el emperador toda la verdad.» El Sr. Benedetti, que había expuesto claramente, aunque sin grandes ilusiones, los deseos de su país, insistió en su demanda invocando las exigencias de la opinión pública francesa y la necesidad de poner á salvo de todo menoscabo el prestigio de la dinastía napoleónica. Bismarck, subiendo de tono, pero sin llegar hasta la amenaza, se limitó á replicar que por lo que tocaba á la dinastía imperial, más peligros correría con la guerra que podría correr con la paz. Perdida toda esperanza de éxito, el Sr. Benedetti apresuróse á partir para Francia, y recibido por el emperador, dióle cuenta del fracaso de su misión. El soberano habló de la combinación como si apenas hubiese tenido conocimiento de ella, echó toda la responsabilidad de lo sucedido sobre el Sr. Drouyn de Lhuys, trató muy desdeñosamente la política de *compensación* y estimó que sería peligroso perseverar en ella: «De mi conversación con el Sr. Benedetti, escribía al Sr. de La Valette, resulta que tendríamos en contra nuestra á toda Alemania por un beneficio muy pequeño (1).»

Aquella negociación infructuosa, que Francia tenía interés en negar ó en mantener reservada, conveníale, por el contrario, á Prusia divulgarla, pues con ello conseguía un triple beneficio: en primer lugar, había de excitar con ello en contra nuestra el espíritu nacional alemán; en segundo, calmaba las amonestaciones de Rusia, haciendo recaer sobre el emperador toda censura de ambición; y en tercero, agrupaba en torno suyo á todos los Estados de la Alemania del Sur no dejándoles entrever más que dos perspectivas: ó una vida precaria bajo las ingerencias de Francia, ó una independencia segura bajo el protectorado de Berlín. Bismarck tenía habilidad sobrada para explotar todas aquellas ventajas.

Para despertar el sentimiento nacional alemán, el gobierno de Berlín disponía de los periódicos; pero si únicamente se hubiese servido de los suyos, su habilidad no habría pasado de mediana. Lo verdaderamente hábil era hacer que la misma prensa francesa revelara lo que Francia tenía interés en ocultar y en propagar luego por toda Alemania, fingiendo sorpresa y escándalo, aquello que de la propia Prusia había salido. Precisamente el Sr. Benedetti había presentado á Bis-

(1) Carta del 12 de agosto de 1866.

marck, en vísperas de la guerra, á un corresponsal de *Le Siècle* llamado Sr. Vilbord, que había de llegar á ser el historiógrafo de la campaña; y el hombre de Estado prusiano había acogido muy amablemente al periodista, como hacen los verdaderos políticos que en su temible juego no descuidan ninguna pieza, ni siquiera las más insignificantes. El *reporter* francés sería el depositario de las indiscreciones oportunas, y podía tenerse por seguro que, ansioso de informes de primera mano, comunicaría á París, como otras tantas primicias, todo lo que de tan elevadas esferas se le indicara. Más de una vez admiróse el publicista del favor de que gozaba y se mostró agradecido creyéndose ser él el obligado. En el fondo, este procedimiento no era nuevo y Bismarck pudo copiarlo de Cavour. El mismo día 7 de agosto, en que se discutió la cuestión de Maguncia, el primer ministro recibió al periodista francés, y como si quisiera permitirle ejercitar sus facultades de observación, retóvole toda la velada en la tertulia de su familia y de sus amigos; aun siendo el Sr. Vilbord, como era, hombre de mérito y de ameno trato, tanta intimidación resultaba sorprendente. En el momento de despedirse, el corresponsal del *Siècle* atrevióse á interrogar al presidente del consejo, el cual no se espontaneó y aun habló de amistad entre los dos pueblos; pero uno de sus subordinados, el Sr. de Kendell, levantó ante los ojos del periodista el velo de las negociaciones que acababan de entablarse, diciéndole que Francia había formulado una demanda de compensación territorial, que esta petición se refería á las fronteras del Rhin y que el gobierno, apoyado por el país, era de parecer de no acceder á ella (2). El 10 de agosto, el *Siècle* publicó la información, é inmediatamente divulgóse la noticia en Alemania, pero como tomada de los periódicos franceses. Aquel era el momento oportuno para que entrara en campaña la prensa adicta á Bismarck: la *Gaceta de la Alemania del Norte* manifestóse sorprendida de que tales cuestiones fueran entregadas á la publicidad, y después de felicitarle de que por lo menos la indiscreción no fuera imputable á la prensa alemana, añadió: «Por lo demás, es característico que sea precisamente el *Siècle*, el órgano de los círculos *chauvinistes* franceses, el llamado á propagar antes que nadie este rumor y á alentar esperanzas irrealizables.» Dado de esta suerte el impulso, los oficiosos reprodujeron el mismo lenguaje y todos rivalizaron en repetir que Alemania tenía al otro lado del Rhin una vecina siempre envidiosa y que todas las fuerzas prusianas no eran demasiadas para vigilarla bien.

Una vez explotadas en Alemania las peticiones de Francia, convenía en extremo divulgarlas en Rusia. Los sentimientos imperantes en San Petersburgo después de Sadowa, eran para el rey Guillermo motivo de preocupación, y el embajador del zar en Berlín, el Sr. de Oubril, desaprobaba las ambiciones de Bismarck. Alejandro, al tener noticia de que varios soberanos se hallaban amenazados no ya de una disminución de territorio, sino de un despojo total, experimentó gran turbación: «Las dinastías á quienes se va á destronar, decía, reinan tan bien como la de Prusia por la gracia de Dios.» Por su parte, Gortschakoff no volvía de su estu-

(2) Vilbord, *L'oeuvre de M. de Bismarck*, págs. 522-523.

por al pensar que otro hombre de Estado europeo pudiera sobrepujarle, y disimulando su despecho bajo una especie de ironía protectora, decía: «Deseo que Bismarck no sea un meteoro, sino una estrella fija, y por esto le recomiendo la moderación.» En San Petersburgo se había hablado y continuaba hablándose todavía de congreso, porque si Rusia permanecía aislada veríase reducida á desahogar su mal humor en lamentaciones vanas, al paso que si algún día se unía á Francia, sería posible, aun en aquel tardío instante, infligir á los vencedores alguna mortificación. El argumento para una conferencia internacional estaba preparado y consistía en decir que la Confederación germánica, por lo mismo que había sido creada por Europa, no podía, sin la intervención de ésta, experimentar alteraciones profundas. En estas circunstancias, Prusia sería muy afortunada si conseguía demostrar que Napoleón perseguía no el interés del equilibrio europeo, sino el suyo propio, pues de un golpe el gobierno de las Tullerías descendería de la categoría de mediador á la de solicitante de territorio, y una vez trastocados todos los papeles, sobre él pesaría la acusación de codicioso. La petición de Francia llegó á punto para favorecer este plan. Las fechas son en este punto demasiado instructivas para que no llamemos la atención sobre ellas. El domingo, 5 de agosto, el Sr. Benedetti entregó á Bismarck el proyecto de tratado relativo á Maguncia, é inmediatamente fué llamado á Berlín el general de Manteuffel, que estaba en el ejército de campaña. Era éste uno de los personajes más respetados del reino, y sobre todo uno de los más adictos á la política conservadora, y como tal sería un mensajero á propósito cerca de una corte que se vanagloriaba de conservar la tradición. En la noche del 7 al 8 partió el general para San Petersburgo. ¿Llevaba consigo el proyecto francés? Casi puede asegurarse que sí. El día 8, el Sr. Benedetti, muy intrigado por tan repentino viaje, interrogó al presidente del consejo: «Creía haberos hablado de esta misión, le respondió Bismarck... Cuando menos, he dado cuenta de ella al Sr. de Goltz para que la pusiera en conocimiento de vuestro gobierno.» El diplomático francés insistió: «¿Ha recibido el Sr. de Manteuffel comunicación de nuestras proposiciones?—No he tenido ocasión de comunicárselas,» replicó en tono indiferente el jefe del gabinete. Y luego con esta misma indiferencia añadió: «Pero no puedo responderos de que el rey no le haya enterado de la substancia de las mismas.» Del viaje del general sabemos muy poco, únicamente que hubo de luchar contra grandes repugnancias por la política de anexiones, y que denunció, como decía en uno de sus informes, las segundas intenciones de Napoleón; mas lo cierto es que ya no se habló más de congreso. De pronto, el Sr. de Oubril, que últimamente había intimado mucho con el señor Benedetti, se mostró excesivamente frío con éste y en vez de buscar su compañía ponía gran cuidado en huir de él. Finalmente, después de un último murmullo de lamentaciones en favor de los príncipes desposeídos, reanudóse más sólidamente que nunca la alianza de las dos cortes.

Para que Bismarck sacara todo el jugo de nuestra desdichada comunicación, faltábale explotarla cerca de los soberanos de la Alemania meridional, y en verdad la tentación era demasiado fuerte para que á ella se re-

sistiera un político, aun siendo poco astuto. Después de la derrota, todos los Estados del Sur, excepción hecha de Baden, habían reclamado la mediación de Francia; y en Nikolsburgo, el Sr. Benedetti había defendido su causa, y en particular los intereses de Baviera, siendo, al parecer, fiel intérprete de las instrucciones que de París recibía (1). Y he aquí que, de regreso de Nikolsburgo, nuestro embajador, obedeciendo también á los mandatos de su corte, entregaba á Bismarck un proyecto escrito que al extender la dominación francesa hasta Maguncia parecía englobar en sus estipulaciones una porción del territorio hessense y otra del territorio bávaro. De modo que cuando los plenipotenciarios de Munich invocaran la mediación de Francia, con la esperanza de ser tratados más benévolamente, Bismarck no tendría que hacer más que enseñarles el proyecto de tratado para desengañarles; y después de haberles llenado de asombro y de espanto, les tranquilizaría con la perspectiva de condiciones indulgentes y, por último, les ofrecería ponerse al frente de sus tropas y tomarlas bajo su protección (2). El ofrecimiento sería aceptado, parte por miedo de una suerte peor, parte por el convencimiento de no poder contar con ningún otro apoyo, y de esta suerte se prepararían los tratados secretos que no habían de tardar en firmarse. Aquel sería el gran triunfo de la política prusiana; también sería el gran castigo de nuestra política de indolente duplicidad y confusa hasta el punto de ser ininteligible para sus mismos directores.

Mientras se iba espesando á nuestro alrededor la trama cuyos hilos nosotros mismos habíamos urdido, Napoleón, más debilitado que aliviado por el tratamiento termal, interrumpía su cura y abandonaba Vichy. «La salud de Su Majestad ha mejorado mucho desde su regreso,» decía el *Monitor*; pero, á pesar de estas seguridades, entre los amigos del soberano reinaba gran ansiedad. Pocos días después, el Sr. Nigra decía en un despacho confidencial dirigido al Sr. Visconti-Venosta: «Importa mucho que la paz se firme muy pronto y que muy pronto nos sean entregadas las plazas fuertes;» y añadía: «Si por desgracia de Italia muriese ahora el emperador, los austriacos permanecerían sin duda alguna en el Cuadrilátero (3).» El monarca, trasladado á Saint-Cloud, encontró allí toda suerte de preocupaciones, pues aun desde el punto de vista de los asuntos exteriores, no era Alemania la única causa de angustia. En efecto, el día 11 de agosto, llegó al palacio una visita de categoría demasiado elevada y venida de demasiado lejos para no atenderla, pero importuna como la evocación de antiguos compromisos temerarios: era la emperatriz Carlota. En otro lugar diremos todo lo que se ha podido saber de aquella entrevista memorable. Ante esa aparición, á la vez suplicante é irritada, los menos previsores comprendieron que por esta herida de México como por todas las demás se escapaba la felicidad del imperio. Mientras tanto, los ministros y los altos funcionarios en sus aparatosos discursos esforzábanse todavía en sostener el trono con frases fastuo-

(1) Véase *Documents diplomatiques*, pág. 83.

(2) Véase Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches*, tomo V, págs. 406-407.

(3) Véase *Documenti del barone Ricasoli*, tomo VIII, página 111.